



CAPÍTULO V

El positivismo en las ciencias y en las religiones

I

Uno de los grandes trabajos de los positivistas consiste en comparar la ciencia con la religión. La religión, dicen, se enseñará en adelante científicamente, excluyendo todo dogma y toda confesión (1).

El objeto que en esto llevan los positivistas es el de poner á la religión cristiana en el mismo rango de las religiones del paganismo, no viendo en una y en otras, sino las variadas fases de la evolución humana, y dándoles solamente un valor relativo.

Réville, aceptando la ley de los tres estados de Comte, los corrige de la manera siguiente: En el primer período, el hombre ve al mundo como

(1) *Revue de religions*; Marz, 1889.

sujeto á voluntades arbitrarias que debe inclinar á su favor. Este es el punto de vista naturalista, animista. En el segundo, reconoce la existencia de leyes normales, dominadas por una voluntad suprema, las que puede inclinar á favor de los hombres. Este es el monoteísmo. En el tercer período, el hombre conoce que las leyes invariables de la naturaleza, son esencialmente la misma divinidad; y son además, en el tiempo y en espacio, las irradiaciones del pensamiento omnipotente, infinito. Este es el naturalismo monista (1).

Labanca expone la nueva teoría de la manera siguiente: El método de los supranaturalistas y el de los racionalistas, hacen lugar al método *a posteriori* de la indagación metódica y crítica de los hechos y documentos primitivos. Hoy, gracias á los trabajos de la filosofía científica, no es Dios el que ha creado al hombre á su imagen; es todo lo contrario, Dios ha sido creado á la imagen del hombre. Hoy sabemos que no es la conciencia divina la que pone la conciencia humana en el alma; sino la conciencia humana, poco á poco se forma á sí misma, y forma en seguida la conciencia divina ó la divinidad que viene á ser lo mismo (2).

Todas las religiones, decía á su vez Guyao, deben desaparecer; y el ideal religioso, consiste en la *nomia* religiosa, en la supresión de todos los dogmas, y en la completa libertad del individuo. En religión lo único á que debe atenderse es el

(1) *Les religions des peuples non civilisés*.

(2) *Il cristianesimo primitivo*.—*Rivista della filosofia scientifica*, Avril 1889.

deseo de saber, el sentimiento de lo no conocido y de lo incognoscible, la necesidad de un ideal (1).

Para llevar adelante sus proyectos, el positivismo se dedica á la enseñanza y á la educación de la juventud; y procura introducir el elemento laico en las escuelas, modificando los programas de la enseñanza en un sentido realista.

Humanidad y patria, tal es el doble ideal positivista con que se quiere substituir á Dios y al Cristianismo. Se enseñan á los niños las teorías humanitarias, desembarazadas de todo dogma religioso. Entre los que se han dedicado á este trabajo, puede citarse á Haeckel, que quiere que se establezca la unidad de la enseñanza sobre los principios evolucionistas. A Eimer que está por la supresión de toda educación filosófica y teológica. No está lejos el momento, dice este autor, en que las ciencias naturales tomen en la enseñanza el lugar que les corresponde muy distinto, en verdad, del que actualmente ocupan. Las ciencias naturales en lo porvenir, serán la base necesaria para atender á las exigencias de la vida pública, desechando los principios contrarios al espíritu natural del hombre, y propagando doctrinas sanas, prácticas, y al mismo tiempo ideales normales, sobre los problemas fundamentales de la sociedad y la vida, mediante la eliminación definitiva de toda educación teológica y filosófica (2).

En los Estados Unidos, el sistema de las es-

(1) *L'irreligion de l'avenir*, p. 332.

(2) Humboldt, *Monatschrift für die gesammte Naturwissenschaft*.

cuelas públicas consiste en separarlas de toda confesión religiosa. En Italia pasa lo mismo.

Siciliani, por ejemplo, quiere que el estado prohíba la enseñanza religiosa, aun en el seno de las familias, y que no se detenga ante ningún obstáculo. Que á todos se obligue al aprendizaje de un catecismo de moral natural, racional y universal. Es derecho del estado, y éste es su deber, dice Siciliani, porque está obligado para con los niños, á garantizar la libertad de su conciencia, impidiendo que penetren en su alma los prejuicios y supersticiones que más tarde sería difícil arrancar.

El estado, decía un profesor de Pedagogía en la Universidad de Roma, el estado como representante del laicismo, como órgano legal de las ideas modernas de la civilización, como el adversario de toda pretendida Iglesia debe tomar la dirección de la escuela, separar la Iglesia, imponer estrechas condiciones á las escuelas libres, y suprimir definitivamente la enseñanza hipócrita y mentirosa del catecismo (1).

En la idea de la civilización y del progreso, se ha de buscar el principio y el fundamento de la escuela; y esa civilización y ese progreso, por la generalización del sentimiento humano de fraternidad, harán inútil el particularismo de la Iglesia. Más ridículo, si se quiere, se muestra en sus escritos, Cerca, profesor en la Universidad de Padua. Habla de una religión sin ningún elemento sobrenatural. Las fiestas de la religión á que

(1) *Della scuola popolare*, 42, 43.

él se refiere, tienen por objeto los grandes hombres, y los acontecimientos más notables de la historia. El objeto de las asambleas religiosas es llegar al ideal moral, y dar al pensamiento y á la acción de todos, la simpatía por fundamento. El objeto de esta religión es unir á todos los hombres en una Iglesia única, animarlos al culto del ideal, romper las barreras que los separan por la nacionalidad y por la raza, llevar á la práctica las grandes máximas de la solidaridad que, desde hace siglos, es el ensueño de los hombres de la igualdad y de la humanidad. Este ideal no puede encarnar en la realidad, sino por la institución y educación universal y verdaderamente científica (1).

Juan Macé, jefe de la Liga francesa de la enseñanza, refiriéndose al ideal de una república universal francmasónica, dice que la Revolución francesa atendió á la instrucción popular; y que por lo mismo no sería completa la celebración del centenario del 89, si no se atendiera también á la instrucción del pueblo; mas en ella para nada debe contarse con Dios ni con la religión.

¿Qué sería de las familias y de la sociedad si tan deletéreos principios, fueran los que guiasen su conducta? Mas esto tendrá que suceder por medio de la enseñanza escolar, que inoculándolos en el corazón de los niños, producirán en ellos los más funestos resultados, casi enteramente inevitables. Desterrada la fe de esos corazones, y alimentados los niños con las doctrinas más

(1) *Revue philosophique*, 1889.

impías, caminarán derechamente á su desgracia; y tales doctrinas, repetidas continuamente por todos los órganos de una publicación estrepitosa; lanzadas á todos los vientos sobre almas del todo vacías, sin principios, sin convicciones, alimentadas desde la infancia por una multitud de errores, cerrarán la puerta casi enteramente á la esperanza de una conversión.

Veamos lo que pasa en nuestros días, según nos dice un autor moderno: el escepticismo pagano pasó de la filosofía á la ciencia, que á su vez se conjura contra la fe para acabar de desterrarla del mundo moderno. La ciencia del día no es solamente anticristiana: obstínanse en hacerla atea, ó mejor, ella se ceba en hacerse atea. Ha rechazado muy lejos, como no teniendo nada de común con ella, la idea de una voluntad inteligente y libre, primer origen de la constitución del universo, de un Dios personal criador y supremo gobernador del mundo. No quiere ya ver é invocar más que á la naturaleza. Desvía violentamente como inaccesible, como imposible de hallar, toda cuestión de comienzo y fin, de origen y objeto, de causa y por qué, so pretexto de que el hecho presente basta plenamente para la realidad de la vida. Ni siquiera comprende que pueda preocuparse todavía por causas finales ó por un designio que presida á los fenómenos de la naturaleza. A este bello pensamiento de Aristóteles: «La causa final de todas las cosas es el bien, porque el bien es el fin de todas sus producciones», opone esta sentencia de Bacon: «Las causas finales han dificultado la investigación de las causas

físicas; el hombre no es bastante instruido para alcanzarlas; además, las refiere más á su naturaleza que á la del universo, y hace de su aplicación un raro abuso.» Se ríe de Cicerón, que osó exclamar: «¡Qué! la esfera de Arquímedes prueba la existencia de un obrero inteligente que la ha fabricado, y el sistema real del universo de qué esta máquina no es más que la imitación, ¿no tendría la misma fuerza?» Se ríe del mismo Voltaire, simple intérprete del buen sentido, cuando decía: «Afirmar que el ojo no está hecho para ver, ni la oreja para oír, ¿no es el más enorme absurdo, la más irritante locura que haya ocurrido á la inteligencia humana?... Esta demencia me parece evidente, y yo lo digo...» En el exceso de su temeridad, la escuela que se envanece llevando con mano firme la bandera de la ciencia del presente y del porvenir, llega hasta decir que la ciencia positiva, la ciencia de los hechos de la naturaleza y de las sociedades humanas, es la única fuente posible de la fe moderna, que los dogmas cristianos han caducado ya por siempre y que no son más que una quimera.

He aquí á donde nos ha llevado la invasión del espíritu pagano en la enseñanza (1): tal es la obra del positivismo.

II

Quiere el positivismo destruir todas las religiones, despojándolas de su verdadero carácter.

(1) Moigno, *Esplendores de la fe*, t. I, cap. V.

No ha de haber en ellas cosa alguna que á Dios pueda referirse; ni hay que decir una palabra sobre las relaciones que deben existir entre El y los hombres.

Que haya religiones cuanto se quiera, el positivismo no lo impide; mas ellas no han de ser sino las ciencias, ya que nada nos eleva como ellas; y ¿quién sino la ciencia es la que nos hace adelantar en todos los caminos del progreso? Faro luminoso que disipa las tinieblas y nos descubre en lontananza, la verdad.

Al oír que el positivismo se expresa en tales términos, tal vez pensemos que merece el verdadero nombre de ciencia; que es la gran filosofía de nuestro siglo y de todos los que en pos de él hayan de venir. El positivismo, dicen los que siguen su doctrina, es la única filosofía verdaderamente digna de tal nombre. Mientras la teología y la metafísica se apoyan en vanas hipótesis y en ficciones que no pueden existir, la filosofía positivista descansa, incommovible y satisfecha sobre el terreno de la realidad. Su método es el único verdaderamente científico, el de observación.

La filosofía positivista no admite sino los hechos y las verdades que pueden demostrarse, y extiende su dominio á todas las ciencias exactas. Fuera de ella son superfluas las otras filosofías; y ella será la filosofía definitiva que al representar el pleno desarrollo del espíritu humano, triunfará de las demás filosofías.

Refiriéndose únicamente á las verdades accesibles á todos los hombres, y siendo el método que

emplea, superior á cualquiera otro, abre ancho y seguro camino para descubrir nuevas y fecundas verdades que anuncian á la humanidad que se acerca para ella la verdadera edad de oro (1).

Veamos ahora si la verdadera ciencia es positivista; y si el método que emplea el positivismo merece el nombre de científico.

La experiencia es la base de las ciencias físicas que se ocupa en el examen y reunión de los hechos, que una vez reunidos se clasifican, y se determinan sus mutuas relaciones. Para esto se toma nota del valor de los diferentes elementos variables que corresponden á cada instante de la experiencia; y á fin de comprender el desarrollo del fenómeno, se graban las observaciones sobre una tabla que haga visibles todos los cambios. Si los datos lo consienten, se procura combinar las variaciones por medio de una fórmula algebraica. Hasta aquí la fórmula es empírica y solamente provisora; hallamos la materia, mas no la ciencia. Esta tiene que elevarse de las fórmulas empíricas á las verdaderas teorías.

Sigue ahora la inducción y la hipótesis. Casi siempre camina la inducción en el supuesto de una causa del fenómeno.

El sabio no preguntará cómo se ha realizado el fenómeno, sino por qué ha tenido lugar de tal manera. Newton supuso la atracción universal, y transformó en fórmulas teóricas, las leyes empíricas de Kepler.

Aunque la inducción y la hipótesis no se ocu-

(1) A. Comte, *Sa vie par Gruber*, Introduction.

pen algunas veces en buscar la causa de un fenómeno, sino la ley más simple y general que abrace muchas especies de fenómenos, no prescinden, sin embargo, de la idea de causa todavía más simple y general, que si no termina resolviéndose en una propiedad de la materia ó en un efecto de una causa real, explica las leyes particulares que ha testificado la experiencia, siendo aquella misma inexplicable y ley empírica de un orden más elevado; pues no es considerada como ley teórica, sino en cuanto se supone como expresión necesaria de una propiedad primitiva, de una causa real.

Así camina la ciencia elevándose de las leyes empíricas á las explicaciones teóricas; y éstas son completas si resuelven los hechos en sus causas; é incompletas si los resuelven en leyes que se aproximan á la causa.

La ciencia deduce teóricamente las consecuencias de tales leyes, y las somete á un cálculo matemático; las verifica por una nueva experiencia, y no las admite como verdaderas explicaciones de los hechos, sino cuando éstos le son conformes.

El método de que hablamos es verdaderamente científico; no se reduce, como el positivista, á buscar únicamente las leyes, sino que pregunta también por su causa, é inquiera el cómo y el por qué de los fenómenos.

Estos dos trabajos, de las leyes y de sus causas, se apoyan mutuamente: las leyes al simplificarse conducen á las causas, las cuales, una vez descubiertas, explican racional y suficientemente

los fenómenos, los cuales quedarían sin una explicación satisfactoria, ignorándose las leyes y las causas que les corresponden (1). Combinar la experiencia y las concepciones *a priori* de la razón entre sí; observar y elevarse de los efectos á las causas por medio de la hipótesis y de la inducción; examinar las observaciones practicadas para mejor asegurarse; poner en ejercicio todas las facultades humanas, buscando á la vez las leyes y las causas á fin de obtener un resultado satisfactorio: todo esto es racional y científico; mas nada de lo dicho hallamos en el método positivista, que ni se ocupa en las causas ni trata de las substancias, y se reduce únicamente á cerciorarse de los hechos, mediante fórmulas empíricas, enteramente prácticas, y que por lo mismo no pueden dar al método positivista el carácter de científico; método que impide el desarrollo de la inteligencia y hace infecunda la observación de los hechos. Semejante método en nada honra á la humanidad, sino al contrario, la degrada; y por esto ha merecido que Tiberghien, á pesar de ser positivista, haya dicho que los cuadrúpedos nacen, viven y mueren positivistas, puesto que observan rigurosamente el gran precepto de no elevarse más allá de la realidad sensible (2).

(1) Broglie, *Du Positivisme*, II chap. V.

(2) *La philosophie positive*, 1863, I, 152.



CAPÍTULO VI

El positivismo en la República Mexicana.—Barreda.—El Dr. D. Porfirio Parra.—El Dr. Flores.

I

LAS doctrinas del positivismo llegaron á México, habiendo sido traídas del extranjero por D. Gabino Barreda, á quien por este motivo se le llama el patriarca del positivismo mexicano. A él se debe la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria.

¿Quién fué Barreda? en estos últimos días se han publicado por la prensa mexicana algunos artículos sobre Barreda, de los cuales extractamos lo siguiente:

Barreda como filósofo. No tiene gran mérito, porque fué un positivista vulgar y nada más; su trabajo se redujo á repetir servilmente las enseñanzas de Augusto Comte, de quien se dejó fascinar por su palabra sugestiva, suavidad atrayen-